



## Cruceros científicos

**Enrique Cordovez Pérez**  
**Capitán de Navío**

En pleno verano madrileño las paletas publicitarias marcaban increíbles 40° de temperatura mientras caminábamos con Milán y Omar en dirección hacia la sede universitaria donde aquella tarde se iniciaba el XII Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Sociología (ISA). Tres marinos chilenos en tenuta civil de verano teníamos, ese mes de julio de 1990, la misión de representar a nuestro país en el Comité RC 01 "Armed Forces and Conflict Resolution".

Después de llegar a la sede del Congreso nos unimos a una babel de sociólogos militares de Estados Unidos y Europa. Algunos de los famosos eran amigos de mis compatriotas con posgrado en la Universidad de Maryland, como David Seagal, Charles Moskos y Nora Kinzer Stewart. Otros de la línea europea, anglosajones y latinos con quienes no nos fallaron los ánimos para salir de tapas <sup>(1)</sup> un par de noches. Había también un joven teniente de la Unión Soviética, quien me regaló una pequeña bandera de la marina de su país comentando que la hoz y el martillo superpuestas eran un símbolo que se podría obviar.

Con el retorno a la democracia la Comandancia en Jefe de la Armada regresó a su sede en Valparaíso. Los oficiales que habíamos entregado asesoría sociológica a la Honorable Junta de Gobierno asumimos el papel de promover la conciencia marítima y la naciente teoría Oceanopolítica que había abrazado el nuevo jefe del almirantazgo. Como sede para el Cenposex nos asignaron dos amplias y heladas oficinas, con muros de 4 metros de altura, ocupadas originalmente por la subdirección de la vieja Escuela Naval. Allí nos distribuíamos el espacio y el trabajo con los abnegados e inolvidables suboficiales Iturrieta y Candil.

Para hacer carne la teoría oceanopolítica, durante el segundo semestre se nos encargó la tarea de preparar un seminario del más alto nivel, el cual debía tener como eje la proyección tricontinental de Chile en el Océano Pacífico, apoyada en sus vértices de Parinacota, la Antártida e Isla de Pascua. Este último vértice, a casi 4.000 millas náuticas del Valparaíso, sería el protagonista de la actividad

---

<sup>1</sup> Un recorrido por los bares de la ciudad tomando una bebida acompañada de una tapa, una pequeña porción de comida.



académica que tendría como principal invitado, ni más ni menos, que al recientemente electo Presidente de la República don Patricio Aylwin y a varias autoridades nacionales y locales del flamante gobierno de la Concertación.

Nos dedicamos con esmero a preparar las presentaciones del Cenposex, en particular la apreciación sociológica de la realidad de Isla de Pascua, contando con la ayuda de un economista y un historiador que se sumaron a este peculiar centro de estudios. Uno de los argumentos para el mejoramiento de la calidad de vida en Rapa Nui era promover la educación técnica como palanca de movilidad social. Ello sin menoscabar una raigambre cultural de características polinésicas, influida fuertemente por la misión apostólica del obispado francés de Tahití. Descubrimos que, previo a la flota esclavista que diezmó la isla y sus testimonios de tradición oral en 1872, los primeros habitantes de la isla provenían de Mohenjo-Daro, una avanzada cultura forzada a emigrar de la India por invasores, la que fue reclutando tripulantes en su extenso peregrinaje por la Micronesia. De allí la historia de los "orejas largas", simbolizados por las figuras de los moais, y los "orejas cortas" que tenían la obligación de esculpirlos.

El seminario fue muy bien acogido por el Presidente. Durante las conversaciones del posterior cóctel la Armada planteó la idea de realizar cruceros científicos a Isla de Pascua, aprovechando el viaje anual que realizaba el AP Aquiles, con el fin de proveer el abastecimiento de mayor tonelaje y brindar transporte a los isleños. Tal como se pensó se hizo. Recibí el encargo de comunicarme con las universidades y centros de estudios nacionales para organizar, en mayo del año siguiente, el primer crucero con académicos interesados en estudiar Rapa Nui. El objetivo de la convocatoria era facilitar el desarrollo de "papers" elaborados por chilenos en diversas disciplinas, las cuales circularían en el ámbito académico internacional contribuyendo a dar testimonio de la soberanía nacional en esa lejana posesión insular. Muchos la conocían, pero no la asociaban con Chile.

El Aquiles largó sus amarras del puerto principal una límpida mañana y dejamos la quietud de la poza para adentrarnos en la mar con el característico balance de una navegación de 7 días con rumbo general hacia el Weste. Demás está decir que la mayor parte de los investigadores invitados estuvieron mareados los dos primeros días y no salieron de sus camarotes hasta que sus cuerpos se fueron acostumbrando al continuo vaivén y el caminar por suelos inclinados.

Para aprovechar la interacción de expertos en disciplinas tan diversas, como el lenguaje Vananga Rapa Nui de la Universidad de Playa Ancha o las teorías de los vulcanólogos y observadores de especies marinas de la Universidad Austral, organizamos cada día, a contar de las diez de la mañana y hasta la hora de



almuerzo, un mini seminario en el cual cada investigador exponía su proyecto de investigación ayudado de transparencias. Con ese simple ejercicio académico, unas amables conversaciones en cubierta durante el día y la convivencia nocturna en los comedores se estableció, por así decirlo, una comunidad científica multidisciplinaria. Así que, antes de arribar a nuestro destino, habíamos compartido inquietudes intelectuales de todos los expedicionarios y se habían establecido lazos de amistad al margen de las posiciones ideológicas.

El puerto de Hanga Roa nos recibió con su típico oleaje corto sobre aguas muy profundas de azul oscuro, mientras las nubes a gran altura se desgajaban caprichosas, en torno a un horizonte redondo y bajo un sol espléndido. El emergente manchón verde en medio del océano cautivó miradas que volaban desde los cercanos arrecifes y casas típicas de un piso, hasta el lejano relieve del volcán Rano Raraku. Después de bajar a tierra pudimos conocer la fábrica de Moais, pisar las blancas arenas de las playas de Ovahe y Anakena y recorrer las angostas calles de adoquines color rojizo, mientras nos cruzábamos con isleños que aprendimos a saludar con un Iorana Korua o un Ioriana Pehe Koe.

Todo estaba muy bien desde el punto de vista turístico, pero ninguna investigación académica, por modesta que fuese, podía realizarse en los 5 a 6 días que el buque permanecía fondeado a la gira frente a la isla. El segundo crucero del año 1992 mostró las mismas falencias y tras muchas conversaciones con los investigadores se estableció el consenso sobre la necesidad de proveer una permanencia prolongada. No obstante, los precios de los hoteles en cualquier período resultaban prohibitivos para los académicos, dado que la isla más aislada de todas las islas y la demanda mundial del turismo de elite hacían que una simple bebida gaseosa costara 3 veces más cara que en el continente.

Como la necesidad crea el órgano y la inspiración divina no abandona al marino, surgió la idea de construir una especie de base científica con laboratorios y sencillas dependencias de habitabilidad. Estas instalaciones podrían dar un modesto alojamiento a los investigadores, quienes también podrían subsistir con apoyo del comercio local. La principal dificultad para ello era obtener un sitio donde construir, ya que todo el territorio del "ombbligo del mundo" es parte de un patrimonio cultural con un valor arqueológico muy apreciado por los isleños. Menos aún para cederlo a los del "conti" que muchos despreciaban.

Tras una prologada entrevista con Alberto Hotus, presidente del recientemente creado Consejo de Ancianos y promotor de la propiedad colectiva de la tierra, la directiva insular accedió a conceder un pequeño terreno con fines científicos en vista de que la iniciativa contribuiría a incrementar los ingresos del turismo.



De regreso en Valparaíso el proyecto de marras sufrió una demora ya que debido a un resfrío mal cuidado fui hospitalizado de urgencia. De madrugada había concurrido al servicio de atención primaria con una otitis galopante que fue supuestamente neutralizada por una dosis de antibiótico. Sin embargo, al amanecer estaba con una fiebre altísima. Mi esposa me llevó de nuevo al Hospital Naval en una curiosa tenida de pijama y capote. Lo último que recuerdo fue que me desplomé sobre una camilla. Afortunadamente un médico amigo pasó por urgencia y ordenó tomar una muestra de mi médula espinal. Su diagnóstico fue correcto, tenía meningitis y estuve 3 días en estado crítico.

El despertar y la convalecencia trajeron consigo buenas noticias. La superioridad naval estimó que el Programa Oceanopolítico Integrado (POI) había cobrado vida propia y decidió radicarlo en la Dirección de Educación de la Armada (DEA). Dejé entonces a Milán y Omar en el Cenposex asumiendo la jefatura de un nuevo Departamento VIII, dedicado al POI y otras labores culturales. La otra buena noticia fue que, a pesar de todos los recientes inconvenientes médicos, el Consejo Naval había aprobado mi ascenso al grado de Capitán de Navío.

El año 1993 el contraalmirante Germán Dufeu, mi profesor de logística en la Academia de Guerra Naval 10 años antes, fue designado a cargo de la DEA y me nombró Director del Centro de Cultura Naval y Marítima donde, junto a 2 oficiales mucho más antiguos recontractados, teníamos una misión de divulgación cultural profesional, sin perjuicio de continuar con el POI. Gracias al trabajo en equipo produjimos tres series de publicaciones periódicas para el ámbito naval, con trabajos de autores seleccionados en los siguientes temas: "Tradiciones Navales", "Comunidad Nacional" y "Civilización Cristiana Occidental". También el Subdirector me animó a compendiar 10 escritos míos que se publicaron en un libro de 198 páginas al cual bautizamos con el nombre de "Anclaje Cultural".

La idea preliminar de una base científica en Isla de Pascua fue respaldada con mucho entusiasmo por el almirante Dufeu, quien la subió de categoría a "Centro de Estudios del Pacífico Sudoriental" (CEPAS). El proyecto entonces continuó tomando forma al considerar que sería factible para la Armada obtener la cesión gratuita de una decena de contenedores, por parte de las empresas navieras, con los cuales armar la estructura de lo que sería el futuro CEPAS.

Otras providenciales coincidencias aportaron energía en procura del citado objetivo. El teniente telecomunicante Enrique From, con quien habíamos navegado juntos el año 1971 en el destructor Riveros, era ahora Doctor en Educación de la Universidad de Chicago y ocupaba un alto cargo gerencial en la Fundación Andes. Tras un viaje por el día a Santiago y una productiva entrevista



logramos el compromiso de que donarían equipamiento de comunicaciones vía satélite, indispensable para el avance de las investigaciones científicas.

La otra coincidencia fue la visita de un grupo de directivos de la Corporación Educacional de la Cámara Chilena de la Construcción a la DEA, para interiorizarse del modelo de formación técnica del personal de la Armada. Entre los visitantes había un ex marino que me dio su tarjeta para futuros contactos. Alentado por los antecedentes altruistas de las organizaciones sin fines del lucro creadas por dicho gremio, viajé nuevamente a Santiago esta vez para pedir el apoyo de la CChC en el proyecto arquitectónico que diera habitabilidad a los contenedores.

Vistiendo la tenida número 11, con cintas y guantes café me fui en el auto fiscal al edificio de la Cámara en Providencia pudiendo estacionar sin dificultades en un costado de la Avenida 11 de septiembre. Mi intención era entrevistarme con el presidente de la CChC, pero fui amablemente derivado a conversar con don Sergio May Colvin, vicepresidente del Consejo de Acción Social. Fue una sorpresa ver que una persona de un metro de estatura ocupase tan alto cargo, después supe que había obtenido el primer lugar de su promoción de ingenieros civiles, que era un empresario exitoso y que su condición de enanismo nunca fue impedimento para su desarrollo profesional, personal y familiar.

- Comandante, las entidades de la Red Social de la CChC están presentes en todas las regiones de Chile, me indicó con mucho orgullo
- Don Sergio, usted se refiere seguramente a Chile Continental, pero nuestro país posee un vasto territorio marítimo en el Pacífico Sudoriental, cuyo vértice de proyección al escenario del siglo XXI es la Isla de Pascua...

Después de una muy grata conversación ofreció elaborar, sin costo para la Armada, el diseño arquitectónico que requeríamos para hacer realidad el CEPAS. Empero, el diablo metió la cola y el anhelado proyecto se frustró porque, tanto la Empremar como la Sudamericana, dieron una respuesta negativa al requerimiento de la Armada. Una mala venta o una cortapisa legal echaron por tierra los sueños de los investigadores. Finalmente, el aporte de la CChC se tradujo en una donación de mobiliario para el colegio "Lorenzo Baeza Vega" en Hanga Roa, a la que correspondimos con una invitación para el profesional autor del proyecto arquitectónico en el tercer crucero científico a Isla de Pascua.

En esos años no podía sospechar que Sergio May sería mi primer jefe en los 20 años durante los cuales me desempeñé en cargos ejecutivos de la CChC.